VUELTA A FEIJOO

Volver a Feijoo significa un descanso en el atrafagado discurrir de mi vida de estudioso, porque volver a tener entre las manos los libros de Feijoo, abandonarse curioso en su diversísima lección, penetrar en su prosa, tan clara y precisa que tan sólo puede ser reparada por la pedantería, es volver a un mundo equilibrado y deleitoso, hoy más digno de ser anhelado que nunca, es ponerse en contacto con un tesoro que de oculto parecía definitivamente ausente: *el buen sentido*. Se dirá que esta expresión no tiene rigor ni precisión dialéctica. Lo sé, y sé que no la necesita, porque se refiere al sentir y no al saber, y por ello es condición íntegramente humana y no específicamente intelectual. Feijoo no será nunca el sabio adusto, el especialista riguroso que nos intimida con su precisión, sino el amigo cordial, de amplitud intelectual ilimitada, de curiosidad inagotable, millonario de anécdotas, caudaloso de especies y noticias, hablador sempiterno, y siempre oportuno y ameno, al que recibimos jubilosos, como al más valioso animador de nuestra soledad. Pienso que de haber nacido dos o tres siglos antes, la forma que hubiera adoptado para sus enseñanzas hubiera sido el diálogo, como hicieran tantos espíritus del Renacimiento no distantes en carácter del suyo; pero es lo cierto que al emplear la forma de *ensayo*, o la de *carta*, sentimos que Feijoo nos habla, pero, conforme a la distinción de Unamuno, no nos habla como un libro, sino que consigue que sus libros nos hablen como personas.

Y como refrigerante atmósfera de su charla la envuelve siempre esa imprecisa condición de calificarla de *buen sentido*. El buen sentido nada tiene que ver con el sentido común. Este tiene parentesco, aun-

que no completa identidad, con el sentir general. Es como su alcaloide, concentración de lo más vulgar y aparentemente obvio de él. El buen sentido de Feijoo no era precisamente el sentir general de sus contemporáneos. Antes bien, contra él se esforzaba el benedictino en sus escritos. La parcela de supersticiones, rutinas, prejuicios y engaños era tan amplia que se atrevía a consideración de heredad. Tan era así, que en la portada del *Teatro crítico* se calificaban tales errores de *comunes,* y se advertía que la crítica habría de extenderse *a todo género de materias.* ¡Tan lejos estaba el propósito del benedicitino de ajustarse al sentir general!

El arma escogida por él para la descomunal empresa que se proponía acometer era el buen sentido. Éste podía resumirse en una sencilla fórmula: aplicar a la investigación, consideración, conocimiento o sentimiento de cada cosa, la facultad precisa de que para ello hemos sido dotados. En los primeros años del siglo XVIII, en los que Feijoo madura los planos de su monumental obra, todo andaba trastrocado entre nosotros. Los hechos y las cosas que eran materia de ver y experimentar, y constituían la de las ciencias físicas y naturales, se hacían objeto de mera especulación intelectual con total desprecio de su auténtica realidad física, y los ojos no veían ni la curiosidad trataba de comprobar. Un mero sentimiento tradicional apoyado en una rigurosa y vana dialéctica trataba de mantener una filosofía sin que a la inteligencia le fuera dado penetrar libre y agudamente en su arcano. Y como contraste, la poesía, en los últimos estertores del cultismo, se pretendía hacer con el ingenio, atributo de la inteligencia. Feijoo supo aplicar a cada materia el instrumento con que debía de ser tratada, y este alarde de buen sentido tuvo nota de escandaloso y hubo de ser calificado de temerario, y la actitud a que diera lugar, de crítica sistemática y perturbadora. Y no era extraño que así sucediera, porque Feijoo se adelantaba a adoptar la posición que había de ser característica de su siglo: la actitud crítica. Las dos mayores empresas que habían de consumarse en él entre nosotros están bajo este signo. Junto al esfuerzo gigantesco de Feijoo para deshacer errores comunes, el P. Flórez emprendía su obra de de-

puración, y combatía los errores históricos, y en el campo más peligroso el eclesiástico, en el que podría despertar mayores suspicacias y herir intereses morales y materiales más delicados.

Esta floración crítica necesitaba terreno propicio y clima adecuado para surgir tan vigorosa y fecunda. El antecedente, y no sólo por razones cronológicas, es preciso buscarle en los siglos anteriores, que fueron por dicha los más brillantes de nuestra historia intelectual. Un género literario, de tradición milenaria y nunca interrumpida, la sátira, venía ejerciendo función crítica desde el campo literario. Pero la sátira, de una parte atendía a los vicios sociales o literarios en los tipos más representativos de sus errores, y de otra el área de su actividad era más reducida y concreta de lo que la crítica, tal como se entendió en el siglo XVIII, comprendía. Claro es que siempre existió la controversia, que inevitablemente suponía una disconformidad y como frecuente instrumento una crítica. Pero ella surgía ante unas ideas o unos hechos determinados, y no era la crítica, la actitud forzosamente habitual del polemista. Ésta había de surgir de la posición de descontento ante el estado de la sociedad, o de la ciencia o de las artes. Y este no estar a gusto con la práctica o con el estado de estas actividades suponía el atribuirlas a error o falsa orientación en su conjunto, y no tan sólo en episodios más o menos significativos. Al crítico, como se ha dicho entre nosotros y acaso demasiadas veces en estos años, la vida y la cultura, su contemporánea, *no le gusta*, no satisface las necesidades de su espíritu y ha de enfrentarse con las realidades que le rodean. En el satírico los principios son iguales que los principios de los demás, e incluso de los del satirizado que falta a ellos y se hace merecedor de la sátira; en el crítico la disconformidad nace de los principios precisamente. Un Quevedo, por ejemplo, se enfrentará con la plebe inmensa que puebla las zahurdas de Plutón, pero todos están de acuerdo en su siglo en que el sastre no debe robar, ni el alguacil ser venal, ni el arbitrista estéril, ni la alcahueta maligna, ni la daifa engañadora. Un crítico tendría que oponerse al concepto acatado sobre el robo, o la maligni-

dad o la ignorancia. El satírico zahiere los vicios y excesos de un tipo determinado; el crítico se enfrenta con los errores comunes y recibidos por la mayoría como verdaderos.

Esta actitud crítica aunque tenga evidente parentesco con la satírica, no fué ciertamente característica de los siglos anteriores al que se ha llamado *de la ilustración*. Pero algún escritor produjeron que puede ser considerado como antecedente cierto y concreto de los críticos posteriores. Quiero fijarme en uno tan significativo como poco considerado, y que yo sepa nada considerado en el aspecto que aquí me interesa. Me refiero al dramaturgo y costumbrista del siglo XVII, Juan de Zabaleta, madrileño, clérigo, y feo y no bien humorado, si hemos de dar fe a los vejámenes que de él se hicieron en juntas y academias literarias. Es conocido como escritor costumbrista, y en ello han fundado los historiadores literarios su mayor crédito. *El día de fiesta*, libro de sabrosísimo costumbrismo satírico y moral, es su obra más conocida. Costumbrismo y sátira son géneros harto próximos, y aun cabría decir que el costumbrismo es un matiz tardío de lo satírico, con tan buen pie ingresado en nuestras letras, que no ha de ser olvidado en el siglo XVIII y ha de prevalecer sobre todos los géneros en el XIX hasta informar el arte narrativo por excelencia: la novela.

Pero no es para esto para lo que he traído a colación a don Juan de Zabaleta. Aparte otros de varia materia, como sus *Problemas morales,* es autor de un deleitosísimo libro, que me parece inverosímil que no conociera el P. Feijoo y hasta que no le tuviera en la memoria al rubricar su obra capital. Se titula el libro, *Errores celebrados*, y esta sola enunciación nos hace pensar en su carácter, parejo de el del benedictino gallego cuando anunciaba su propósito de enfrentarse con los *errores comunes*, que tanto monta como *celebrados*. Zabaleta narra al frente de cada uno de sus discursos, que como los de Feijoo pueden pasar por auténticos ensayos, una anécdota por lo general proveniente de las más clásicas y respetadas fuentes, y festejada y elogiada por los más conspicuos varones y por los humanistas más acatados. Frente a la

unanimidad de los elogios, Zabaleta hace su razonamiento con filosófica libertad, sin temer lo nuevo o lo peregrino, y aun peligroso, de su contradición y concluir con lo erróneo de tan recibida enseñanza y lo frágil e inconsistente de lo que tan celebrado venía siendo.

El riesgo de la posición crítica está en contradecir siempre sin distinguir si en el cúmulo de errores que rodean al crítico no habrá con apariencias de tales mucho acertado y verdadero. Zabaleta se da cuenta de tal escollo, y dedica uno de sus discursos a puntualizar el riesgo. Se vale de una anécdota *celebrada* de Diógenes el Cínico que no acertaría yo a narrar con mayor economía y precisión que lo hace Zabaleta. «Había un día concurrido —dice— mucha gente en el teatro de la ciudad de Atenas, a ver una fiesta que se hacía de admiración y entretenimiento. Acabose el espectáculo, y empezó a salir la gente con la angustia ordinaria que se causan unos a otros. Entonces Diógenes Cínico, oponiéndose al insuperable torrente del pueblo que salía, forcejaba por entrar dentro, diciendo a grandes voces: —Yo hago siempre lo que no hacen los otros. Quería dar a entender que el hombre cuerdo había de anda al revés de todos». Y añade Zabaleta, sin rehuir autoridades: «Refiérelo Diógenes Laercio, y son los que lo celebran otros innumerables». Las razones con que nuestro Zabaleta critica esta acción de Diógenes, y sobre todo su significación, son copiosas y convincentes, y pueden resumirse en una frase que emplea, en mi sentir felicísima: «Yo confieso —dice— que es infinito el número de los que yerran; pero también conozco que hacen número los que aciertan». El fin de la crítica nunca debe ser singularizarse. Si la razón está en minoría, desgracia será del tiempo y sus errores, pero sólo aquélla podrá justificarnos de remar contra corriente. Claro es que el crítico cree tenerla siempre, pero deben entrar en juego, y Zabaleta lo recuerda, las virtudes de humildad y de prudencia antes de lanzarse a la censura y discusión de lo muy recibido. Pero no sólo esta virtud ha de inspirar la crítica; el valor de la propia convicción debe superar el temor de ser tenido por extravagante. Otro error combate Zabaleta demostrativo de tal necesidad. Cuenta

que «Platón, filósofo de singular ingenio, conoció que iba errada la Gentilidad en adorar más que a un Dios; pero por huir del odio que causan las novedades, confesaba y veneraba en público todos los dioses que ella veneraba, y confesaba ciega. La razón que daba a sus confidentes para ello, era que los sabios no cabían en el mundo si no erraban como los otros». Y añade Zabaleta: «Cuéntalo San Teodoreto, celébranlo muchos, y a mí me hace horror pensarlo». La fidelidad a la propia convicción es condición inexcusable del crítico, y poco trabajo cuesta a nuestro autor probarlo en elocuente discurso, aunque menos que la evidente honestidad que defiende, del que quiero destacar la afirmación tan ingeniosa como verdadera de que necesita más difíciles reglas el disimulo que la exposición diáfana de la verdad, escollo peligrosísimo de la política.

Pero al recomendar Zabaleta reglas de prudencia, dentro de los límites de la lealtad al propio convencimiento, no desdeña los móviles que no pertenecen estrictamente al mundo de la inteligencia. El hombre no es sólo inteligencia, y la parte material no ajena a nuestras disposiciones y pensamientos merece respeto y atención. Con razón le indignaba un dicho atribuído a Plotino, el que al ser invitado por su discípulo Amodeo a que se dejase retratar para conservar un trasunto de su figura física, ya que sus *Ennéades* le dejaban de su pensamiento, contestó: —«No me basta la ofensa de traer a cuestas esta humanidad sino que tu quieres informar de ella a las generaciones futuras?». E indigna a Zabaleta que tal contestación mereciera gran elogio de Erasmo. Si en Plotino no obraba la soberbia, obraba la vanagloria, porque no podía ignorar el filósofo que gozaba entre todas las criaturas corporales la suma dignidad siendo hombre. Y tan humanamente siente Zabaleta de esta dignidad, que le indigna la respuesta de Anaxágoras cuando al comunicarle que su hijo había muerto, contestó friamente: —«Bien sabía yo que lo engendré mortal». No tenían razón los estoicos, protesta nuestro autor. Los afectos con que nuestro ánimo se mueve son naturales en el hombre. La lástima, el deseo, el temor, la alegría, la tristeza, no

son enfermedades que debe combatir el sabio. Nacen con nosotros y a lo largo de nuestra vida nos acompañan y limitan, y aunque sea cierto que a veces llegan a cegarnos, ni de esta ceguera debemos abominar si es por causa noble. La pasión por las nobles causas, es pasión y de las que intentaban domesticar y amatar los estoicos, y ella ha sido uno de los grandes motores en el avance moral de la humanidad. Y la pasión por la verdad, de todos.

El crítico no puede ser un simple analista, como el médico no puede ser un sencillo anatómico. Cierto que una y otra condición son indispensables en el crítico, pero la crítica arranca del conocimiento que tales precisos antecedentes nos proporcionan, y es cosa harto más compleja, y debe ser harto más cordial o más indignada que es una suerte de cordialidad. Lugar común es el de la crítica serena. Yo sé bien en el sentido que se propugna, pero me parece expresión peligrosa, pues en el concepto de serenidad se hace entrar el de impasibilidad, que en el más elevado aspecto es acendramiento de serenidad, y yo no querría nunca una crítica impasible.

Nada más lejos de Feijoo que usar de tal impasibilidad. Feijoo es un crítico combativo y apasionado, pudiéramos decir que un *crítico de urgencia* El estado de la vida y la cultura españolas en su tiempo lo requería y no vaciló en la actitud que debía tomar. Pudo llegar a perder la serenidad, pero nunca perdió la independencia. En frase que entusiasmaba a Menéndez Pelayo, un polemista del tipo de Feijoo, independiente y apasionado, aunque se le quiera encasillar en grupos que llegaron a amargarle la vida, fué «ciudadano libre de la República de las Letras, ni secuaz de Aristóteles, ni aliado de sus enemigos». Feijoo lograba enardecer a éstos y ello es prueba de la pasión que en su crítica alojaba, y esta pasión, que era pasión de la verdad, le haría detestar a Anaxágoras y los estoicos, porque no es que, por hombre, nada humano le fuera ajeno, sino que vehementemente procuraba lo humano sin consentir que se le escapara.

Me ha parecido conveniente sostener una posición extrema en la

defensa de la pasión crítica, nacida de un convencimiento honrado, acaso más por tranquilizar mi conciencia, que tantas veces me acusa de apasionado, que por justificar a Feijoo, que para nada necesita de justificación. Cierto que fué noblemente apasionada, por ejemplo, su defensa del Doctor Martínez, y que pasó de comedido su ataque contra Mañé, a quien Jorge Pitillas dice que llamó siempre *alimaña*, y no pecó de suave su encuentro con el P. Soto y Marne, el defensor del milagro de las flores de San Luis. Los mejores estuvieron a su lado en éste y en todos los casos de polémica, que fueron tan innumerables que la bibliografía de tales encuentros es apenas dominable. Y pensamos siempre que la discreta resolución del ilustrado despotismo de Fernando VI al prohibir los ataques a Feijoo tendió, más que a impedir la crítica del *Teatro*, a evitar que el carácter apasionado y vehemente del benedictino le embarcara en explicaciones prolijas, hurtando tiempo a la composición de su obra, que no necesitaba de estímulos polémicos para emplarse en la vehemente crítica de errores que era medula de su programa y de su estilo.

Feijoo tenía muy buenos argumentos para desentenderse de los críticos, pero fuerza es confesar que nunca les tuvo en cuenta llegada la ocasión. *Algunas advertencias a los autores de libros, y a los impugnadores o censores de ellos*, titula una de sus *Cartas*, y adoctrina sobre la conducta que debe seguirse con los críticos, que juzgan conforme a un criterio personal, que no hay motivo para tener en más que el del escritor. Suelen aconsejar que se corrija tal yerro, o se modifique tal o cual opinión, en este o el otro sentido. Agudamente reacciona Feijoo ante tales espontáneos colaboradores, sentando que son tantas las observaciones que se hacen a los escritos públicos, que de atender en sus deseos a los censores y al tener que corregir, no sólo lo notado por uno, sino lo censurado por todos, aparecería un nuevo libro sin apenas relación con el publicado.

Es esta página de Feijoo modelo magistral de ironía y buen juicio. «Doy por bueno, dice a su supuesto corresponsal, que tenga razón, «y

que por ello yo deba preferir al mío su dictamen. ¿Qué se seguirá de aquí? Lo que V. mrd. estaría muy lejos de pensar: que deberé borrar cuanto hasta ahora he escrito, sin reservar ni una línea... Es muy verosímil, y aun para mí absolutamente cierto, que no he escrito cosa que no desapruebe alguno... Si la razón con que V. mrd. pretende que yo borre lo que me reprueba es buena, como la misma hay de parte de los demás, deberé borrar cuanto he dado a la luz pública». No borró Feijoo, por fortuna, ni una línea de las que escribiera, pero luchó incansablemente con cuantos le salieron al paso, y trazas llevaba de convertirse el estadio de las buenas letras españolas en Campo de Agramante si la oportuna prohibición privilegiada no hubiera terminado, aunque no terminó del todo, con las polémicas. El carácter vehemente del benedictino se sobreponía a sus propias convicciones. Hasta tal punto estimaba este rasgo tan humano, que vencía a una convicción intelectual.

Lo mismo que de Luis Vives pudo decirse que fué el primer filósofo que discurrió sin sistema, de Feijoo, que expresamente mostró su admiración por él, puede afirmarse paralelamente que fué el primer crítico que ejerció su función sin atenerse a reglas. «El símil más justo (aunque no absolutamente perfecto) que en cuanto al uso de utilidad hallo para el arte de la retórica es el de la lógica o arte sumulística. Da éste reglas para razonar bien, como aquél para hablar bien. Pero del mismo modo que el que no tiene bastante entendimiento para discurrir bien, discurre defectuosamente por lo común, por más que haya estudiado las reglas sumulísticas, y el que le tiene discurre con acierto aunque las ignore; ni más ni menos, el que no tiene genio nunca es elocuente por más que haya estudiado el arte de la retórica, y lo es el que lo tiene aunque no haya puesto los ojos y los oídos en los preceptos del arte». Esta doctrina que hoy, pasado el romanticismo, nos parece normal, era entonces escandalosa, y el que se lanzara a practicarla se exponía a los dicterios de que Feijoo tanto supo. Y aun había de añadir reveladoramente: «Más vale un buen golpe de ojo del entendimiento

que muchos repasos a las reglas»; aforismo audacísimo que no fué para él mera teoría.

Este buen golpe de ojo del entendimiento es lo que hoy llamamos intuición, y la definición de Feijoo, evidentemente no sometida a reglas lógicas, es exacto fruto de experiencia. El repertorio de temas puestos en circulación por Feijoo toca el calificativo de inabarcable. El desembarazo con que discurre o informa sobre ellos es milagroso. No ha cuajado el dictado de *el erudito Feijoo*, aunque se le haya adjudicado frecuentemente y sobre todo en su tiempo. Lo fué, y mucho, pero sus aciertos los debió más a su buen golpe de ojo del entendimiento que a ciencia aprendida y digerida. Dos aspectos se han estudiado de él con profundidad: el médico, por Gregorió Marañón y el estético, por Santiago Montero Díaz. Los aciertos en el campo médico parecen debidos a su intuición, servida por el buen sentido que fué su constante compañero de peregrinación científica. Su agudeza para penetrar en el fenómeno estético le constituye en precursor. Así resumirá el citado profesor: «En un ambiente pobre, una concepción caudalosa. Frente a la Estética embrionaria de su tiempo, ideas y principios saturados de futuridad. Contra la esclavitud preceptiva, anticipo romántico de protesta». Tales cualidades, quiero añadir, son fruto de intuición y no de estudio: tienen mucho más de adivinación genial que de aplicación reflexiva. Fué erudito sin duda Feijoo, pero los elementos de su erudición pueden fácilmente desmontarse y mostrarse sin que al lado de los grandes humanistas y polígrafos que antes y después de él hemos conocido podamos asombrarnos demasiado. Por ello, sin que sea inadecuado el calificativo de erudito, es a todas luces poco significativo e insuficiente.

Se ha acusado la erudición de Feijoo de superficial, y sobre todo de extranjerizante. Ninguno de los dos reparos es admisible. Cierto es que muchos temas y noticias se los proporcionaron las publicaciones francesas, entonces más en boga, como *las Memoires de Trevoux*. Acaso sean estas especies las más pintorescas de cuantas utilizara Feijoo, y

por ello las más llamativas; pero en modo alguno son las más, ni las más importantes. No se ha intentado formar el catálogo de la biblioteca de Feijoo, el índice de los libros por él manejados y aprovechados para su gran construcción crítica. A la cultura propia de su tiempo español y de sus estudios monásticos, que hubo de ser tan sólida e importante como en cualquier maestro de su Orden, había que añadir toda la filosofía entonces moderna, a más de las muy variadas disciplinas científicas, tan descuidadas entre nosotros aquellos días, como las matemáticas, la astronomía o las ciencias naturales. Su erudición literaria fué más limitada, y su crítica en este terreno menos segura, aunque siempre audaz y ambiciosa.

Estas indicaciones nos dan idea de una de sus misiones cumplida puntualmente y casi siempre contra viento y marea, ni más ni menos como la han cumplido espíritus emparentados con el de Feijoo por la curiosidad y la estimación de la ciencia, que es impropio, en cuanto ciencia, llamarla española, pues no tiene patria. Su misión fué la de divulgar los conocimientos extranjeros, la progresión de las ciencias fuera del ámbito español, como enseñanza y como estímulo. Y lo mismo que a los más de estos divulgadores o introductores de novedades (que muchas veces no lo eran ya para el resto del mundo, como en el caso de Feijoo la filosofía cartesiana) le ha alcanzado la nota de extranjería, lanzada contra él por Menéndez Pelayo, nada menos, aunque noblemente rectificada en más detenido examen. Aun más injusta que su nota de superficialidad era esta de falta de españolismo. No creo que en este terreno fueran tan celosos los españoles cuando se publicaba el *Teatro crítico* como habían de serlo al final del siglo, y han seguido siendo hasta nuestros días, sin que tengamos hoy la justificación que en los finales del siglo XVIII y las primeras decenas del XIX proporcionaran nuestras guerras de independencia, contra Francia y contra muchos más. Labor patriótica es la de traer a nuestra lengua y a nuestra cultura los conocimientos útiles, y hasta los inútiles, nacidos en

otros países, y beneméritos de ellas deben ser los que aceptan tan poco agradecida tarea.

Feijoo había dedicado nada menos que dos discursos del *Teatro*, los que inequívocamente tituló *Glorias de España*, a exaltar los valores patrios, con conocimiento y bizarría dignísimos de encomio. No voy a analizar aquí de estas *glorias* las escogidas por el benedictino, y ello sería seguramente un buen índice de sus preferencias, y por ende nos proporcionaría rasgos nada despreciables de la fisonomía de su ingenio. Cualidades tan humanas, como la amistad y el afecto, influyeron en el inventario de las glorias escogidas, y ello nos muestra la condición humanísima de su carácter, pero no faltan las esenciales, y aun da noticias de muchas nuevas, y en el terreno literario denuncia los préstamos de nuestra dramática a la francesa, en algunos casos por primera vez. Pero donde el apasionamiento nacional le llevó hasta el error es en la defensa de Lucano frente a Virgilio, que degeneró en polémica. Vale la pena fijar en ella la atención.

Sostenía Feijoo la superioridad de Lucano sobre Virgilio, y cautamente se apoyaba en la opinión de dos autoridades literarias bien dignas de ser tenidas en cuenta: el poeta latino Estacio, y con un salto de siglos, el dramaturgo francés Corneille, o Cornelio como dice castellanizando castizamente el apellido. La general preferencia por Virgilio la atribuía a celoso prejuicio contra un español, sin caer en la cuenta de que su españolismo exaltado podría atraer sobre su juicio el mismo reproche. Pero esta circunstancia que no tiene otro valor que el de demostrar su patriotismo exaltado, es la que menos había de jugar en la polémica. Lo importante de ella es su declaración rotunda de preferir la historia a la ficción. La ficción tiene valor artístico y educativo en cuanto tiene calidad de historia. La enseñanza que puede deducirse del arte, y que para el criterio de su tiempo justificaba que se escribiera y publicara, es elemental y simple en la ficción, y siempre aleccionadora en la historia. El carácter fingido por Virgilio de Eneas, tan pronto cruel como piadoso, arrojado como tímido, es inferior al de César, imperturbable

ante la tormenta, en tanto Eneas pide al barquero, al anunciarse el temporal, que recale inmediatamente en algún puerto. Feijoo hace prodigios de ingenio para mostrar que ni simbólica ni patrióticamente tiene valor apreciable el poema virgiliano y que las ficciones son pueriles o descaminadas, en tanto la historia es guía segura para Lucano. «Cierto —dice sarcásticamente— que si esta inventiva es de algún valor, no hay oro en el mundo para pagar el *Orlando* de Ariosto». Esta preferencia o exclusivismo por lo verdadero es rasgo de la fisonomía de nuestro benedictino, que debe primar sobre todos los que pueden cooperar a dibujarla. Esta cualidad eminente que es causa de los más de sus aciertos les limita cuando de crítica artística o literaria trata, salvo en la de la música, sin duda por ser el arte que no maneja ideas ni puede exigírsele verdad ni exactitud en sus especies. De él supo bien cómo creaba un estado de espíritu y ejercía tal dominio sobre el ánimo humano que excedía «infinito a todas las demás artes y disponía el alma para la virtud». En la música no se oponía ficción a historia, ni verdad a error: su propia virtud sacaba a la música airosa de cualquier contradicción que se pareciera a la que podían suscitar la poesía y aun las artes plásticas. Nada pues estorbaba a su ingenio para llegar a decir de la música lo más alto y preciso que de ella y de su carácter se había dicho hasta entonces.

Su inteligencia rebuscadora de lo verdadero logra fundirse con lo más vagoroso e inconcreto de la belleza y del arte, y es la música la que le abre este nuevo mundo. Por ello al tratar teóricamente de la belleza acude a frecuentar regiones harto más inconcretas de las que le ofrecían las artes en que inevitablemente era el pensamiento uno de los elementos, y alcanza lo sumo de la agudeza explorando lo más ajeno a la dialéctica y al ingenio.

Ejemplo del estilo de pensar de Feijoo, y de los más eminentes, nos le da su discurso sobre Estética que tituló *El «no se qué»*. De todos los planos más o menos firmes en que podía asentar su doctrina, de todas las puertas que el afán por penetrar en la razón de la belleza ha-

bían abierto los filósofos, escoje para construir sus razonamientos el asiento vago y fluido de un misterio, y un muro de niebla como pórtico para penetrar en las razones de la belleza. *El «no se qué»* no disimula la condición misteriosa e impalpable de su entidad, antes bien, por ello mismo es diputado por el benedictino para arribar a fórmulas firmes a las que bastaría este origen para chocar con las conclusiones habituales de la filosofía de aquel y de todos los tiempos anteriores. *El «no se qué»* le parece al P. Feijoo algo constatado por la experiencia, pero cuya causa, origen o mecanismo se ignora. Puede consistir, y en tal cosa cree Feijoo que consiste, en tener los objetos «cierto género de proporción y congruencia con la potencia que los percibe». Esto no era ciertamente un hallazgo milagroso. La correspondencia de la proporción y la congruencia con la potencia que ha de recibir la impresión estética era poco más que lugar común en todos los tratadistas. Y tanto era así, que en formular las reglas a que debía obedecer tal proporción y armonía se habían empleado, y estas consecuencias eran las que defendían. Pero si el fenómeno estético consistiera sólo en esto, no habría por qué llamarle *no sé qué*. Lo agudo e inquietante de Feijoo es la observación de que la proporción y armonía que fijaban en reglas era desbordada constantemente por obras de arte insignes, y acaso, cuanto más insignes, más, y ello le da lugar para intuir que las reglas serán siempre insuficientes, porque las posibilidades de su variación es limitada, porque los hombres reglando inadvertidamente la inmensa amplitud de las ideas divinas por la estrechez de las suyas, han pensado reducir toda la hermosura a una combinación sola, o cuando más a un corto número de combinaciones, y en saliendo de ahí, todo es para ellos un misterioso *no sé qué*. Existen las reglas, pero las verdaderas no son las que caben en las previsiones de los hombres y sus doctrinas. Cuando frente a ellas se acierta, es que se ha obrado conforme a una regla superior, distinta de aquellas comunes que la Estética enseña. Proporción hay en aquella obra de arte, pero no es la que regularmente se estudia, sino otra más elevada a donde arribó por su valentía la sublime idea del ar-

tista. El arte tal como los filósofos o las reglas le explican es diminutísimo; conforme a la posibilidad del genio del artista es ilimitado. ¿No es esta la posición por la que Kant, cincuenta años después de escribirse este ensayo, se creía obligado a formular su crítica del juicio tras considerar insuficiente la de la razón?

Y tras la divagación desordenada de estas palabras, volvemos al punto de partida de ellas: hay un buen sentido, un juicio ajeno a reglas, indispensable para el crítico, tal como esta función la concibe Feijoo. En breve examen he considerado algunas cualidades de ella, que acaso sea útil recapitular. Y la primera, la desconformidad con el sentir general, condición implícita en toda crítica que merezca este nombre. Pero no la desconformidad sistemática, sino la racional y regida por la prudencia. Pudo parecer imprudente Feijoo en aquel ambiente viciado, pero lo imprudente era la ignorancia y la suficiencia de aquellos con quienes chocaba. El buen sentido, como he dicho, llegó a tener nota de escandaloso.

La lealtad a la propia convicción fué otra de las cualidades eminentes de su crítica. La anécdota de Platón, que horrorizaba a Zabaleta, hubiera indignado asímismo a Feijoo, que por defender su lealtad a su convencimiento afrontó las más deshechas borrascas.

Formulándoselo o no, nunca fué un crítico meramente intelectual. Profundamente humano, no se avergonzó jamás de las pasiones que podían matizar su pensamiento, aunque correspondieran al número de las que los estoicos aconsejaban eliminar como vicios del ánimo, y precisamente esta condición noblemente apasionada es la que le creó conflictos, polémicas y odios; y la que postula hoy nuestra más viva simpatía, como logró en su vida las más leales adhesiones. Feijoo conocía de sobra los inconvenientes de la polémica, y se prometió rehuirla, pero era superior a su voluntad ver maltratados o maltraídos sus pensamientos, e incidió en ella olvidando sus propios argumentos para eludirla.

Y sobre todo Feijoo, razonador irrestañable, no creyó nunca en la

eficacia absoluta de la razón. Puede decirse que fué un razonador y no un racionalista. Las más altas cumbres de su razonar las alcanza partiendo de donde acaba el argumento lógico. Ese *buen ojo del entendimiento*, que no es sino la intuición, y sobre todo ese *no sé qué*, que le hace pensar en más altas armonías y proporciones de las que puede facilitar la dialéctica, son rasgos tan expresivos de su crítica que nos hace pensar en los filósofos que con mayor rigor y exigencia la han ejercido después.

Cuanto llevo dicho sobre la crítica de Feijoo pudiera parecer excusado, por obvio. Pero no me pesa haberlo expuesto. Más sabidas que las peticiones de la oración no creo que haya nada; y nos complacemos en repetirlas y encarecerlas como si cada vez que rezamos dijéramos algo nuevo. Y algo nuevo decimos, pues lo aplicamos a distintas condiciones y vicisitudes de nuestra flaca naturaleza, y ello hace que la reiteración cotidiana de las mismas palabras no sólo no sea superflua, sino que se califique de necesaria.

Feijoo fué, como dije, un crítico sin reglas, pero no un crítico sin regla; no fué un preceptista, pero tampoco un desarreglado. La crítica se ejerce hoy, y seguramente se ha ejercido siempre, pues sobre esto no me consuela volver la vista hacia atrás hasta donde alcanza, por el común de los hombres, desarregladamente. Todo cae bajo su jurisdicción y todos se ejercitan en ella. No hay quien crea a su entendimiento desprovisto del buen golpe de ojo que propugnaba Feijoo. Pero el tino mental es cualidad de dificilísima posesión, y la intuición para merecer nombre de valiosa ha de asentarse sobre condiciones de erudición y de perspicuidad que sólo el estudio y el ejercicio de la mente proporciona. Lo mismo que la pintura requiere saber dibujar, y el arte literario saber escribir, el pensamiento exige saber pensar, y tener un estilo de pensamiento es más raro aún que tenerlo literario o artístico. Como esto es difícil que se dé, vemos cómo la crítica degenera en discusión necia y la discusión por necia en barullo. El mundo se siente afligido por mil razones de orden material y espiritual que no seré yo el que intente

discriminarlas, y menos en esta ocasión. Pero mayor confusión y malestar le aquejan, que por estas tristes condiciones inherentes a nuestra naturaleza y a la de los Estados, por la confusión de propuestas irresponsables, entre las que prevalece muchas veces la menos conveniente. El remedio estaría más en el obrar que en el anunciar arbitrismos. Pero no es mi papel el de crítico, y menos teniendo tan íntimamente en el recuerdo el ejemplo insigne de Feijoo.

Combate Zabaleta un error celebrado, referido por Juan Estobeo en su *Tesoro de las sentencias griegas*. Epicuro solía decir que como le diesen agua y pan amasado con leche, entraría en contienda con los más dichosos sobre cuál lo era más. «Este filósofo —protesta Zabaleta— hizo una estatua al vicio de la flojedad». Y aconseja el esforzarse sin que nos asalte nunca el abandono. «Los hombres no son como los montes de la tierra, que conservan siempre su tamaño; como los montes del agua del mar son los hombres, que ya son montes, ya son fosos». Toda una vida consagrada a la más noble crítica fué la de Feijoo, sin que se resintiera su entusiasmo y su fe en la propia eficacia. Noble ejemplo frente a nuestras vidas desmadejadas y flojas, que se exaltan hasta la locura o se abandonan hasta la indiferencia. Es necesario mantener la tensión, sostener el nivel con las cualidades que hemos considerado en el gran benedictino, sin que la crítica que universalmente se ejerce sin magisterio, al menos no nos lance a la violencia en los momentos exaltados, ni nos hunda cotidianamente en la murmuración irresponsable, estéril y baja.

JOSE MARIA DE COSSIO